

tad y los derechos del hombre con la cimitarra en la mano, como Mahomet predicó el Corán y el despotismo, (1). ¿No da Chateaubriand demasiada importancia á los obstáculos materiales? Esas barreras estaban aún de pie en el 89; pero eso no impidió que la bandera tricolor diese la vuelta al mundo. Las ideas gobiernan al universo; si la revolución de 1649 se concentró en las Islas Británicas, fué porque los principios del siglo XVII no eran los del XVIII.

La Revolución francesa estalló á fines de un siglo filosófico y se hizo en nombre de la filosofía; los derechos que inscribió en su bandera eran los derechos revelados por la filosofía, los derechos naturales. Lo contrario sucedió en Inglaterra. La revolución de 1649 no procedió de la libertad de pensamiento, aun no había librepensadores, fué teológica en su principio; ¿y cuál era el objeto del debate? Nada más estrecho que el protestantismo en el siglo XVII; después de haberse sublevado contra la intolerancia católica, se hacía él mismo intolerante. ¡Cosa notable! Los disidentes, aunque oprimidos por la Iglesia anglicana, comprendían tan poco la libertad religiosa como los ortodoxos. Si salió la libertad religiosa de estas luchas, fué un beneficio que debemos á Dios, no ciertamente á los combatientes. ¡Qué diferencia entre la Francia del 89 y la Inglaterra de 1648! Su primer acto fué declarar que uno de los derechos naturales del hombre es la libertad de manifestar su pensamiento. Esto es más que la tolerancia, más que la libertad religiosa, es la libertad filosófica.

Si, á pesar de una revolución esencialmente religiosa, Inglaterra no comprendía mejor la libertad de conciencia, ¿hay que extrañarse de que ignoraba los derechos del hombre? Había un elemento político en la revolución del siglo XVII, pero era tan mezquino como el elemento religioso. Se trataba de saber quién sería el señor, si el rey ó el parlamento; nadie pensaba en que había otro soberano: la nación. La soberanía del pueblo no fué nunca francamente reivindicada en Inglaterra; prevaleció siempre el respeto por los derechos y los privilegios del poder real y de la aristocracia. Todo lo que el parlamento reclamó para los ciudadanos

(1) CHATEAUBRIAND, *Ensayo sobre la literatura inglesa*, t. II, parte cuarta.

fueron sus antiguas franquicias, tales como se hallaban consagradas en la carta Magna.

Ahora se comprenderá por qué la revolución de Inglaterra no tuvo el ardor de propaganda que animó á los hombres del 89 y del 93. ¿Cómo había de pensar en predicar los derechos del hombre, cuando los ignoraba? No creemos rebajar la libertad inglesa, que, después de todo, es la verdadera libertad; pero por esto mismo, que todo lo refiere al individuo, tiene algo de exclusivo y de estrecho, como el protestantismo que la inspira. Á fuerza de concentrarse en sí mismo, en su personalidad, el hombre se convierte en egoísta. Esta es la censura que se hace á la nación inglesa, y sus propios escritores confiesan que el entusiasmo que arrebató á Francia sería ridiculizado entre ellos como una locura digna de Don Quijote (1). Si el héroe de Cervantes es ridículo, también es sublime, porque va en busca del ideal; ¿y no es el ideal el fin de nuestra existencia? Las naciones que no tienen el sentido del ideal no tendrán jamás sobre los destinos del género humano esa acción poderosa que regenera las sociedades y las lanza en los caminos de Dios.

¿Es esto decir que la revolución de Inglaterra no haya tenido ninguna influencia sobre los progresos de la libertad? Á despecho de sus tímidas ficciones, hizo entrar el principio de la soberanía popular en los hechos. Locke hizo de él un dogma filosófico; formuló la teoría de los derechos del hombre y proclamó como sanción el derecho terrible de la revolución. La doctrina del filósofo inglés tuvo un inmenso eco, porque fué el oráculo de los librepensadores de Francia en el siglo XVIII. Así es como se propagan las ideas, á pesar del egoísmo de los pueblos. Hay también otra corriente por medio de la cual se han comunicado á la humanidad los principios de la revolución de Inglaterra. Algunos sectarios, víctimas de la intolerancia anglicana, emigraron para buscar, en un nuevo mundo, la libertad que Inglaterra les negaba. No pedían más que la libertad religiosa. La libertad civil y política se estableció á consecuencia de la libertad de conciencia. Una revolución separó las colonias de la metrópoli; la insurrección de los Anglo-Americanos no dejó de influir en sus aliados los Franceses.

(1) BULWER, *England and the English* (lib. II, c. 1).

II

El 10 de Julio de 1791, Brissot dijo á los Jacobinos: "La revolución americana ha producido la Revolución francesa: ésta será el foco sagrado de donde partirá la chispa que incendiará á las naciones cuyos amos se atreven á acercársele," (1). Brissot va demasiado lejos colocando la revolución de América en la misma línea que la Revolución del 89. La primera es obra de la raza inglesa, y participa del genio estrecho y exclusivo de la Inglaterra. Ni los Anglo-Americanos del siglo XVIII ni los Ingleses del XVII hicieron propaganda. Pero Dios hace lo que los hombres no piensan hacer. Un joven Francés, de edad de diez y siete años, se entusiasmó con la causa de los insurrectos. Lafayette volvió de América con la convicción de que había empezado una era nueva, y la llama la *era americana*. Escuchemos al héroe de ambos mundos.

"La era de la revolución americana, que puede considerarse como el principio de un nuevo orden social para el mundo entero, es propiamente hablando la *era de la declaración de los derechos*. No pueden llamarse así esas transacciones arrancadas al poder en que el despotismo de la aristocracia nobiliaria y sacerdotal parece ser el estado principal del orden social, y los derechos del pueblo formar la concesión otorgada por una minoría, propietaria esencial del poder. La famosa petición de los derechos, consentida en 1688 por Guillermo III, es todavía un acto de esta naturaleza. Lo que los Ingleses *solicitaban*, los Americanos lo *declararon*; lo que los Ingleses pedían como un *privilegio* de sus antecesores, los Americanos lo proclamaron como los *derechos del hombre*," (2).

Es cierto que la Constitución de los Estados Unidos no está precedida de una *declaración de los derechos*. Pero las constituciones de los diversos Estados las proclaman. Nos basta citar el primer artículo de la Constitución de Pensilvania: "*Todos los hombres han nacido igualmente libres é independientes, y tienen derechos ciertos, naturales, esenciales é inalienables, entre los cuales deben contarse el derecho de gozar de la vida y de la libertad y el de defenderlos...*" Si esos derechos per-

(1) *Moniteur* de 14 de Julio de 1791.

(2) LAFAYETTE, *Memorias*, t. IV, p. 76, edición de Bruselas.

tenecen á *todos los hombres*, todos los pueblos deben gozar de ellos. Pasaron algunos años. El 14 de Julio abre la era nueva para la Francia y para la Europa. ¿Quién propone á la Asamblea nacional que formule una declaración de los derechos? Lafayette. La filiación es evidente, y la influencia de la América incontestable. Los hombres del 89 la reconocían. En el dictamen del arzobispo de Burdeos sobre el proyecto de Constitución se lee: "Esta noble idea, la declaración de los derechos, concebida en otro hemisferio, debía introducirse con preferencia entre nosotros. Hemos cooperado á los acontecimientos que han devuelto á la América septentrional su libertad; nos demuestra en qué principios debemos apoyar la conservación de la nuestra, y el nuevo mundo, donde no habíamos llevado en otro tiempo más que cadenas, es el que nos enseña hoy á garantizarnos de la desgracia de llevarlas nosotros mismos," (1).

Hé ahí un hecho de un alcance incalculable: los destinos del mundo están unidos á la verdadera noción de la libertad. Existía en la filosofía francesa, pero empañada por las preocupaciones de raza y de tradición. Los librepensadores de Francia estaban dispuestos á sacrificar la libertad á su pasión por la igualdad y por la soberanía del pueblo. Se necesitaba una concepción más clara, más verdadera; los Anglo-Americanos la dieron á la Francia, y por medio de ella á la humanidad. La *era americana* no ha realizado todas las promesas que Lafayette había hecho en su nombre. Pero ¿qué importa? La verdad es como Dios: siendo eterna, es paciente; lo que importa es que sea reconocida, que ella hará su carrera. Necesita, ante todo, una nación que, dotada del genio del proselitismo, haga suya la idea de los derechos naturales pertenecientes al hombre. Ni los Americanos ni los Ingleses eran ese pueblo; Dios le había creado hacia mucho tiempo para esta gloriosa misión: era la raza francesa.

§ III. — Francia y la Revolución.

I

Un filósofo alemán pregunta por qué ha sido Francia la que ha hecho la Revolución (2). Gans

(1) BUCHÉZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. II, p. 166.

(2) GANS, *Lecciones sobre la historia de los cincuenta últimos años*, lección primera.

responde que Francia estaba predestinada para este papel glorioso por las brillantes cualidades que la distinguen. Con este motivo, el discípulo de Hegel hace un magnífico elogio de la nación francesa. Coloca en primera fila "su espíritu de sociabilidad, que se manifiesta bajo mil matices diversos, que, por una parte, trata de reunir los elementos separados, y por otra parte, atrae á cada individualidad dentro del círculo de los intereses comunes y la forma á su gusto.", El espiritual escritor encuentra cualidades hasta en los defectos que es costumbre censurar en nuestros vecinos del Mediodía: "Si la inconstancia y la movilidad se cansan fácilmente del objeto alcanzado, por otra parte, prosiguen sin cesar vías desconocidas, tan sólo por la necesidad de procurarse emociones nuevas. Esta agitación continua, que perturbaría la necesidad de tranquilidad que sienten los demás pueblos, es fuente inagotable de evoluciones incesantes y hace la felicidad de la raza gala.", La vanidad francesa es proverbial; Gans hace notar que "este orgullo engendra á la vez los juicios estrechos y las generosas resoluciones, la suficiencia y la ambición, y un valor caballeresco que no se cansa por la esterilidad de sus esfuerzos.", En fin, "todas esas cualidades están sostenidas por la incomparable facilidad que tienen los franceses para propagar sus opiniones y sus ideas.", "Esos rasgos de carácter nacional, concluye el filósofo, nos dicen por qué el pueblo francés desempeña el primer papel en el primer drama histórico del siglo.",

Las lecciones de Gans, de las cuales tomamos esta apreciación, fueron dadas en Berlín después de la Revolución de Julio. Este sacudimiento de la nación francesa, sin propaganda revolucionaria, sin guerra de conquista, la concilió las simpatías de la Alemania. Los sentimientos han cambiado mucho después, no tan sólo en los Alemanes, sino en la Europa entera. Por todas partes hay desconfianza y temor de la ambición francesa; de ahí una reacción que traspasa todos los límites. La simpatía ha sido reemplazada por el odio. Protestamos, en nombre de la historia, contra esas malas pasiones. Hay más que obcecación, hay ingratitud en la reacción contra Francia: se olvida que á ella se debe lo que Europa posee de libertad.

La glorificación de la nación francesa que acabamos de oír en los labios de un filósofo alemán, es más bien un hecho que una opinión. Si la Revolu-

ción se ha realizado por la Francia, debe ser porque tiene grandes y nobles cualidades que la hacen digna de ser el pueblo iniciador de la Europa. Es preciso cerrar los ojos á la luz con ánimo deliberado para negar lo que es evidente. Todo el mundo, amigos y enemigos, están de acuerdo en decir que la Revolución procede de la filosofía. Y ¿cuál es el carácter distintivo de la filosofía del siglo XVIII? Es más bien una religión que un sistema; esta religión se llama *humanidad*, para significar que se dirige á todo el género humano. Jamás ha habido un movimiento más universal. Preténdese que los filósofos han tomado, otros dicen robado, sus sentimientos al cristianismo. En realidad, el cosmopolitismo filosófico es mucho más extenso que la fraternidad religiosa. Para formar parte de la sociedad cristiana, para entrar en el reino espiritual de Cristo, es preciso empezar por recibir el bautismo en nombre de Jesucristo; los que no están bautizados son extraños á las promesas, están excluidos del reino de Dios. La filosofía no es ya una secta que se dirige á algunos iniciados; basta ser hombre para tener parte en sus beneficios.

El cosmopolitismo del siglo XVIII es más que una doctrina, es una realidad viva. No hay espectáculo más extraño que el de Francia en el último siglo. Jamás descendió tan baja en el sistema político de Europa como bajo el largo y vergonzoso reinado de Luis XV. Voltaire, á quien se le acusa de no ser patriota, habla, con el rubor en la frente, de este rebajamiento del nombre francés y exclama: "Vienen algunas veces á verme Ingleses, Rusos, Alemanes; todos se burlan prodigiosamente de nosotros. No sabéis lo que es ser Francés en país extranjero. Uno lleva el peso de su nación, y continuamente se oye maltratarla.", ¿Quién creería que una época de decadencia fuese al mismo tiempo una época de grandeza? Esta Francia, tan rebajada, tan envilecida, reina en Europa por su literatura. ¿Cuál es el verdadero rey de Francia? ¿Es el monarca que se revuelca en el cieno del *Parc aux Cerfs*, ó es el filósofo que reina de hecho en Ferney? Voltaire es más que rey, tiene por vasallos á los príncipes que vienen á rendir homenaje á su señor feudal. Federico el Grande le dice: "Los soberanos, los reyes, las emperatrices le llenan de testimonios de su aprecio y su admiración," (1).

(1) FEDERICO II, *Elogio de Voltaire*.

"La emperatriz de Rusia, añade Condorcet, el rey de Prusia, los de Polonia, de Dinamarca y de Suecia se interesaban en sus trabajos, leían sus obras, *trataban de merecer sus elogios*. En todos los países, los grandes, los ministros que aspiraban á la gloria, se disputaban los sufragios del filósofo de Ferney, le confiaban sus esperanzas ó sus temores por el progreso de la razón, sus proyectos para el aumento de las luces y la destrucción del fanatismo," (1).

Voltaire es el soberano espiritual del mundo civilizado; pero reina menos él que la filosofía de que es órgano. Mientras los reyes de Francia confiaban la educación de sus herederos presuntivos á los obispos ó á los abates, Catalina II propuso á d'Alembert que se encargase de la educación de su hijo. La emperatriz de todas las Rusias supo que Diderot se veía obligado á vender su biblioteca, y se la compró para devolvérsela. En seguida llamó cerca de ella al filósofo francés. Catalina II hacía la corte á todos los grandes escritores que ilustraban á la Francia, cuando su rey la deshonraba. Prodigó á Buffon las muestras de su admiración con una delicadeza de mujer, enviándole todo lo que en sus vastos Estados debía excitar más su curiosidad, y buscando por una atención ingeniosa las producciones singulares que podían servir de prueba á sus opiniones (2). No hablamos metafóricamente cuando decimos que la literatura francesa era un rey en el siglo XVIII. Los reyes reciben á los embajadores, y esa es, según los publicistas, una de las prerrogativas del poder real. Pues bien, en el último siglo, los príncipes sostenían en París embajadores literarios: tal era Grimm el espiritual corresponsal de Diderot (3).

¿Cuál es la causa de esta dominación universal ejercida por algunos literatos? Su imperio no data del siglo XVIII. Ya en el XVII, cuando Europa se coligaba contra la ambición de Luis XIV, aceptaba sin resistencia el yugo de la literatura francesa. Macaulay dice que en esta época Francia tenía un poder más extenso que el del pueblo rey. Reinaba por las letras en todo el mundo civilizado. Hay una muestra de esta influencia prodigiosa, que merece hagamos alto para examinarla. Los

pueblos, los grandes á lo menos, descuidaban su lengua materna, y la olvidaban para no hablar más que francés (1). Se ha dicho que la lengua es el pueblo. Si la lengua de Europa era francesa, los sentimientos, las ideas, debían también ser las de la Francia. Hé ahí una Monarquía universal de nueva especie que se funda en el momento mismo en que Europa rechaza las empresas ambiciosas de Luis XIV. Un filósofo alemán dice que más bien era una república universal (2); en efecto, no fué la violencia la que la estableció, sino la sumisión voluntaria. Así es que Europa permaneció bajo el encanto de esta servidumbre, después que se derumbó la dominación de Luis XIV.

Voltaire hace constar el hecho de esta extensión maravillosa de las letras francesas, que dice honra al genio de la nación: "El espíritu de sociedad, dice, es la hijuela natural de los Franceses: es un mérito y un placer de que los otros pueblos han sentido la necesidad. La lengua francesa es de todas las lenguas la que expresa con más facilidad, claridad y delicadeza todos los objetos de la conversación de las gentes honradas, y con esto contribuye en toda Europa á uno de los mayores placeres de la vida," (3). Voltaire atribuye á la sociabilidad francesa la influencia que Francia ejerce con su lengua y su literatura. Hay un lado ligero y fútil en esta dominación; Voltaire, á quien le gusta tanto reír y chancear, no deja de decir que los Franceses, ese pueblo inconstante, reinan en veinte pueblos diferentes por sus modas; pero añade que Francia reina también por sus artes y por su urbanidad, como otro tiempo la Grecia servía de ejemplo al universo (4). Él, cuya soberanía era reconocida en toda la república de las letras, no desdenaba el imperio que las letras ejercían. Escribiendo á d'Alembert dice: "No es ni á los señores del parlamento, ni á los señores de las convulsiones, ni á nuestros generales, ni á nuestros primeros empleados á quien se debe esta influencia. Una docena de seres pensadores, al frente de los cuales estáis, impide que Francia sea la última de las naciones," (5).

(1) MACAULAY, *The history of England, from the accession of James the second*, t. I, c. III (p. 380 de la edición de Leipzig).

(2) HERDER, *Adrastea, I, Begebenheiten des vergangenen Jahrhunderts; Ludvig der XIVte*, n.º 8.

(3) VOLTAIRE, *Siglo de Luis XIV*, c. XXXII.

(4) VOLTAIRE, *Oda sobre el caso de la emperatriz de Rusia* (1766). *Obras*, t. X, p. 483, edic. de Renouard.

(5) VOLTAIRE, *Correspondencia con d'Alembert*, 1768, n.º 117.

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire*.
 (2) CONDORCET ha hecho notar esto en la *Vida de Voltaire*.
 (3) SISMONDI, *Historia de los Franceses*, t. XVII, p. 130 (edición de Bruselas).